

INCENDIO Y NIEVE

UNA HISTORIA DE NORUEGA

Promediaba el invierno en un valle montañoso de Noruega. Había nevado copiosamente y todo estaba cubierto de un manto blanco y brillante. En uno de los costados de un angosto golfo, o fiord como lo llaman allí, había una casita donde vivían una viuda y sus tres hijos.

Pelle, muchacho de ocho años, aunque inválido era el orgullo de su madre, quien lo quería mucho. Ole y Nils, los dos muchachos mayores, eran casi siempre buenos con su hermano menor, compadecidos como estaban de su desgracia. Con todo, a veces peleaban con él.

Se acercaba la Navidad y a los muchachos se les había prometido que podrían ir alguna vez al Julefest (festival noruego de la Navidad); pero no se les había dicho cuándo, porque nadie podía decir si Pelle recobraría fuerzas para hacer el recorrido alrededor del fiord y subir la escarpada colina hasta la pequeña iglesia, en pleno invierno, allí cerca del círculo ártico donde hace muchísimo frío en tiempo de Navidad y Año Nuevo.

Por fin había llegado la gran ocasión, pero la salud de Pelle no era tan buena como de costumbre. El día anterior al festival amaneció brillante y claro. Durante la noche la tierra se había cubierto de un blanco manto de nieve.

Sentados cerca de la ventana, los muchachos podían ver, al otro lado del fiord, el árbol de Navidad que estaban preparando en la iglesia de la colina.

-Espero que mañana hará un buen tiempo, que no nevará, y así yo podré ir al Julefest -dijo suspirando Pelle.

-¿Tú? Tú no vas a ir -le contestó Ole-. Eres inválido, tienes que ir con tus muletas, y eres demasiado chico y débil. No puedes ir. Nils y yo somos muchachos grandes. Yo gané diez coronas (moneda noruega equivalente a un peso) y Nils ganó seis. Tú eres un chiquitín.

-Pero yo gané veintisiete ore (moneda de muy escaso valor) y compré horquillas para mamá y a ella le gustaron -replicó Pelle, que no se había entristecido en lo más mínimo por el comentario de su hermano. La madre, que había oído la discusión, les dijo que era hora de irse a la cama, pues tenían que estar bien descansados para el día siguiente. También habló a su hijo débil y triste, diciéndole con toda la suavidad posible que aunque no iría al día siguiente, de todos modos se iba a divertir. Su salud no le permitía recorrer a pie la distancia que separaba su casa de la iglesia; sería una gran molestia para los muchachos mayores que lo llevaran empujando un trineo y, de todos modos, se iba a cansar demasiado para gozar del festival. Le deseó pues buenas noches y lo dejó para que descansara.

Cuando llegó la mañana, el niño estaba muy serio, entristecido por el pensamiento de que iba a perder la más linda fiesta del año. Pero cumplió con sus deberes y trató de estar contento como siempre a fin de no malograr la diversión de los demás.

Cuando llegó el momento de la partida, la madre habló a su hijito, tratando de alegrarlo.

-Bien, Pelle, puedes comer algunos terrones de azúcar, tres o cuatro, mientras estemos ausentes. Y puedes ver también por la ventana las luces de la iglesia. Después, cuando estés cansado, te vas a la cama a descansar.

Con el corazón apenado, el inválido vio partir a su madre y sus hermanos. Luego se ocupó en algunas tareas domésticas. Después fue a la cocina y sacó la azucarera.

Comió tres, cuatro, cinco terrones... quizá más.

Luego se fue a la ventana para ver las luces. Al apretar la nariz contra el vidrio, pensó: "¡Qué lindas son las luces!" Después: "Pero, ¿esto no es una luz! ¡Son llamadas... en la casa del pastor!"

Sabía que en aquella casa estaban solos los dos mellizos hijos del pastor. Todos se habían ido al Julefest, y Pelle era el único que conocía el peligro. Tenía que salvarlos.

Corrió primero a la cocina. Después volvió a la ventana; fue a la habitación; salió afuera, volvió a entrar, pensando todo el tiempo qué haría. Recordó entonces las palabras que su padre había dicho antes de morir: "Cuando se ha hecho una decisión, hay que llevarla a cabo".

El fiord no se había congelado muy sólidamente. Esto lo sabía muy bien Pelle; pero sabía también que si trataba de rodearlo, no llegaría a tiempo para salvar a los mellizos. Se puso, pues, su saco, su gorra, sus guantes, ató firmemente a su único pie la púa de hierro con que iba a empujar el trineo y salió. Pronto iba

rápidamente descendiendo por la colina hacia el fiord y después se lanzó velozmente a cruzar la blanca superficie del agua helada, dirigiéndose al centro del fiordo. Como la superficie del agua helada no tenía el declive de la colina, tuvo que usar la púa de hierro para empujar el trineo. Cuando se acercó al centro, notó que el hielo era más y más delgado. De pronto comenzó a hundirse el trineo. Pelle se acordó que ése era el lugar donde su padre se había ahogado el año anterior. ¿Se asustó? No; sabía que estaba cumpliendo con su deber, por lo que oró: "Dios mío, soy tan sólo un niño, pero soy el único que conoce el peligro de los mellizos que están en la casa incendiada. Por favor, Señor, no pienses en mí, sino en los mellizos. Ellos son sanos y no inválidos como yo; Dios mío, no me salves a mí, sino ayúdame a salvarlos a ellos. Amén".

Entonces Pelle empujó el trineo con facilidad. No se hundió ni se atrancó más, sino que se deslizó suavemente hasta llegar a un hielo más sólido. Pelle no se olvidó de agradecer a Dios por haberle ayudado. Cuando llegó al borde del fiord, se dio cuenta de que se había olvidado de su muleta; pero, no deseando que esto fuera un obstáculo, rompió la rama de un árbol, puso su gorra en una punta para que le sirviera de muleta y siguió adelante. ¿Llegaría por fin a la iglesia? Sí, allí estaba. Empezó a gritar:

-¡Salven a los mellizos! ¡Están en la casa del pastor, y la casa está ardiendo!

Pelle se sintió desfallecer y le pareció que todo giraba en derredor suyo cuando vio que su madre corría hacia él. La impresión que esto le hizo y su profundo cansancio lo vencieron y se desmayó. Cuando volvió en sí, estaba en su camita y la mano de su madre le acariciaba la frente. Sus hermanos se encontraban a su lado tomándole la mano. Pronto vio pasar frente a la ventana el gran trineo del pastor. Se sintieron unos pasitos y dos rostros rosados, fríos por el viaje en medio de la nieve matutina, se apretaban contra sus mejillas. Los mellizos le dijeron que era un buen muchacho y que lo iban a amar siempre.

Después una mano bondadosa tomó las suyas y escuchó la voz de la esposa del pastor que le decía que había sido un héroe por haber salvado a sus hijitos. Alzando la vista, vio que tenía lágrimas en los ojos.

La grave voz del pastor añadió entonces:

-Pelle, hijo mío, no puedes entender mi profunda gratitud por tu acto de valor. No vas a ser más un inválido; irás a un hospital y después a una escuela para educarte. Se debe tributar toda clase de honores a quien arriesga así su vida para salvar la de otros y prestar de esta manera un servicio a la humanidad. Dios te bendiga y te haga un hombre fuerte para servir a Jesucristo nuestro Señor.

Así el niño inválido que había arriesgado su vida para salvar a otros, encontró que se le abría una puerta para una vida más amplia y más feliz.

INSTRUCCIONES DE EBRIO

-Dobla un poquito para la izquierda... No, detente allí... Bueno, sigue...

Obviamente, el hombre que se encontraba en el asiento del acompañante estaba dando instrucciones, pero, evidentemente no eran muy buenas. Los demás automovilistas tocaban sus bocinas y les gritaban, y no era para asombrarse: el auto avanzaba a los saltos, metiéndose entre los autos y zigzagueando peligrosamente de un lado al otro. ¡Era un accidente esperando por ocurrir!

Afortunadamente, un oficial de policía vio el auto, y pronto sus luces azules estaban encendidas.

-Oh, no -murmuró el hombre en el asiento del acompañante-. ¡La policía no! Bueno, desacelera. Ahora, dobla a la derecha. Pisa el freno.

El auto se detuvo, y el policía se detuvo detrás de ellos.

Cuando el oficial se paró al lado de la puerta del conductor, se dio cuenta de que algo no estaba bien. El conductor giró su cabeza en dirección al policía, pero no parecía estar mirándolo. Le llevó un segundo registrar su impresión: el hombre estaba ciego. ¿Qué estaba haciendo un hombre ciego manejando un auto? No es de sorprender que hubiera estado zigzagueando por el camino. El hombre en el asiento del acompañante tampoco era de mucha ayuda.

-Estoy demasiado ebrio para manejar -dijo el acompañante, arrastrando las palabras- Mi amigo, aquí, me está ayudando.

El policía no lo podía creer. Un borracho dándole instrucciones de cómo manejar a un ciego. No muy seguro, ¿no? Y eso es lo que Jesús estaba tratando de decir cuando dijo "¿acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?"

En otras palabras, si nosotros, como pecadores, dependemos solo unos de otros para mantenemos en el camino correcto, terminaremos en grandes problemas. En lugar de eso, deberíamos depender del mejor Guía que hay: Jesús. Si permitimos que él guíe nuestras vidas, llegaremos a nuestro destino final, sanos y seguros.

Así que, no seas como el ciego que guía a otro ciego, o como un ebrio guiando a un ciego. Permite que Jesús te ayude a permanecer en el camino correcto..

Por Helen Lee Robinson